

LA CALLE SIN NOMBRE

La rue sans nomme

Marcel Aymé, 1931

Trad. César Vallejo

La calle sin nombre es una calle de obreros. A un extremo lo llaman «la *Esquina de los descamisados*, a causa del aspecto miserable de las casas. Al extremo opuesto está la *Esquina de la fuente*, denominada así porque en ella hay una fuente pública. En este espacio subsisten el hombre rudo y la mujer que le sirve de sirvienta, calientacamás y saco de golpes: «Johanieu abofeteaba a su mujer solo por espíritu de justicia heredado de sus padres. Su conducta en el hogar no era más que el signo evidente de su autoridad de jefe de familia» (80). Méhoul confiesa que «una vez el castigo fue tan fuerte, que le partí una pierna de un verdascazo» (62). También ellas tienen voz: «Las mujeres no gozan de muchos placeres en la vida. Antes de casarse, viven como pueden, haciendo mil esfuerzos para no reventar de hambre. Y una vez que tienen un hombre, vienen los hijos, las peleas, las enfermedades, la fatiga. Hay que ir a limpiar casas ajenas porque el hombre que le ha hecho a una los hijos no es capaz de alimentarlos él solo. El marido no tiene sino una cosa de bueno, y es para dormir con él. Después que pierde el gusto, no nos queda más que preocupaciones y trabajo» (162).

Sobre esta base, Aymé monta una trama criminal que los sentimientos grandilocuentes y confusos de los personajes convierten en un folletín proletario de esquema simple, aunque no siempre fácil de seguir por el exceso de inconsistencias temporales y sentimentales (los cambios de humor de los personajes son desconcertantes: ahora te odio, ahora te idolatro, eres la más pura, eres una puta...).

ARGUMENTO

I

[Un extraño llamado Finocle se presenta en casa de Méhoul, un viejo camarada. Busca alojamiento para él y su hija de dieciocho años. La primera reacción de Méhoul es de temor y hostilidad, pero acaba accediendo a la petición. Los alojará en la habitación de Mânú, su hijo, que dormirá en la cocina. El ambiente familiar es de odio y crispación.]

II

Entre las cinco y las seis de la mañana, la calle se llenaba de voces taciturnas y de un ruido de suelas arrastradas. Los hombres salían de sus casas, embotados todavía por la fatiga, para ir a las distantes fábricas al alborar el día. Con los párpados grávidos aún de sueño, resignados a las costumbres necesarias, marchaban hacia el trabajo monótono que da el pan de cada día y un litro de ron los sábados por la noche. El café hirviendo, sorbido a la luz de la lámpara, despertaba en sus cuerpos la nostalgia de la vida en compañía y de la tibia almohada. En la mañana oscura, avanzaban con el paso ya cansado por el esfuerzo que iban a desplegar y con la vaga esperanza de un mesías verdadero, que surgiría al fin del reverbero, al extremo de la calle, para decirles:

—Volveos al calor de vuestros lechos. Ya no tenéis necesidad de trabajar. Yo os daré pan y vino, y vuestras mujeres serán hermosas sin esfuerzo.

Pero los mesías no eran más que unos hombres que sabían demasiadas cosas de memoria (29).

Los italianos, albañiles o picapedreros eran las gentes más felices de la calle, porque habían dejado a sus mujeres en su país y cuando seducían a una muchacha del barrio, la querían sin la menor inquietud y sin ningún sentimiento de responsabilidad (30). El caso más frecuente era que un hijo de albañil o picapedrero iba a ser criado por sus abuelos maternos. Lo más grave era el caso de la mujer que abandonaba a su marido para irse a vivir a la *Esquina de los descamisados*. El drama pasional se desarrollaba con todas sus acciones ordinarias: puñetazos, agresión a mano armada, y, en las noches de mucho vino, alguna carnicería (31). De toda esta alegría quedaba el lunes por la mañana una amargura biliosa, a causa del fardo de dolores que se creyó haber abandonado con el vino. Siempre había un hombre que se acordaba de haber visto a su mujer en brazos de un albañil piemontés, al compás de una java (32).

Minche [el cantinero] es el rey de la calle. Es gordo y rico. Sabe que el domingo, cuando llenen el café con su borrachera, él será hermoso como un dios de la alegría y el vino. Sabe que a la mañana entrante, algunos de sus clientes, que toman diariamente vino a crédito, le enviarán a sus hijas para que ellas le paguen esa deuda con su juventud. Minche no va a misa porque eso daría que hablar, pero sabe que hay un Dios. Su certidumbre nació una tarde [mientras sus clientes discutían sobre la huelga y él acariciaba a su sirvienta]. Su cara floreció en una sonrisa de adoración y, como ignoraba el latín, se contentó con murmurar a la sirvienta, deslizando la mano entre sus faldas: «La vida, en el fondo, no es tan trabajosa», lo que equivale a: *Deus nobis haec otia fecit...* [literalmente, *Dios ha hecho estos ocios para nosotros*] (40).

Habiendo entrado en conocimiento de Dios, cada día va a llevar su informe a los inspectores de Policía. En otra época habitaban en la calle muchos anarquistas, pero desde que Minche cree en Dios ya no quedan anarquistas, y todo el mundo se ciñe a la disciplina (41).

Johanieu escupió en el suelo, puso cortésmente el pie sobre el escupitajo y añadió:

—¡Las mujeres! Naturalmente que puede uno pasarse sin ellas, pero vale más tener una. A veces le digo a la mía, cuando la he molido un poco fuerte las mandíbulas: «Y no creas que yo [le atizaría] a cualquier mujer». Pero ella no lo entiende.

El viejo Schobre, que bebía a su lado, movió la cabeza y dijo:

—La mujer no es un ser inteligente. Por eso se la perdona (42).

A Cruseo [picapedrero italiano] se le miraba con cierta indulgencia porque vivía en la calle desde hacía mucho tiempo y sabía arbitrar los conflictos entre sus compatriotas y los demás hombres de la calle, con una autoridad muy eficaz. Hasta se le perdonaba que fuese un hombre guapo y un brillante bailarín (43).

[Minche propone presentar a Mânú, hijo de Méhoul, a los inspectores (46).]

III

Los dos Méhoul, Finocle y su hija Noa, estaban reunidos en la cocina. Noa examinaba con espanto la miseria de la casa. Era una joven delgada, de dieciocho años, bonita, de cabellos negros y rizados y cutis mate. La mirada de sus ojos glaucos añadía a su figura un encanto

infantil. [Méhoul observa:] Traje de seda, pulseras de oro... (52). [En la habitación que era de Mânú, Finocle hace una división dejando la mejor zona para Noa.] A través de su existencia llena de correrías al margen de la ley, su hija fue siempre para él el único bien que nadie podía negarle y que él podía defender ante los hombres. Hasta entonces, su vida había sido hartamente agitada para que pudiera dedicar a Noa mucha atención, y todos sus cuidados se reducían a asegurarle la existencia material. A raíz de su última aventura, sintió por ella una especie de asombro enternecido y su corazón se abandonó al milagro de esta hermosa criatura que él había engendrado (53). [Pero Noa no reacciona como su padre esperaba:]

—¡Papá! Quiero volver al burdel. Yo no me quedo aquí.

Finocle dijo con voz autoritaria:

—Cállate o te doy un golpe. Cuando te he encontrado allí, yo no te he hecho el menor reproche, porque comprendo que no fue culpa tuya. Pero no me hables más de eso. Lo que yo quiero es que seas feliz y honrada. El año que viene tendrás un automóvil y el marido que quieras escoger. Dinero no te faltará (54).

[Cruseo ve a Noa a través de la ventana y le dedica un madrigal que ella acepta gustosa (56).]

IV

Toda la calle sabía que acababa de llegar una muchacha vestida de seda, de cabellos de lana fina y senos duros, una muchacha más bella que todas las que se habían visto en el café concierto. En su exaltación, Cruseo había compuesto una canción que iba canturreando [por toda la calle]. La esquina de los italianos resplandecía de un regocijo suntuoso. Todos los mozos estaban afeitados. Los acordeones tocaban una música de amor (57).

[Aprovechando que Noa está sola en la casa, Mânú entra en la habitación de la chica con intención de poseerla. Ella ni se extraña ni ofrece resistencia, hasta parece halagada. La llegada de Finocle pone en fuga al joven, que escapa por la ventana (57).]

V

[Finocle, que ha encontrado trabajo en una carpintería,] salía de casa muy temprano y en todo el día no veía a su hija más que a las horas de comer. Por la noche se iban a su habitación apenas terminaban de cenar, así fuese sábado o domingo. Finocle se impuso esta regla de vida con objeto de poner fin a las invitaciones de la Méhoule, que no cesaba de querer llevar a Noa al café de Minche [que] el viejo veía [como] un centro diabólico (69).

Los domingos, cuando salía con su hija a pasear, no dejaba de advertir los homenajes discretos, pero hartamente elocuentes, de que aquella era objeto por parte de los hombres. En la casa, la presencia de Mânú le producía un malestar insostenible, por mucho que [el joven] demostraba una reserva correcta. Su propia mirada no traducían la menor traza de ciertas intenciones que Finocle no dejaba de atribuirle (71).

Una sola vez se atrevió a entrar en el cuarto de Noa. Fue una tarde en que la muchacha se hallaba sola y en que Mânú sabía que nadie vendría a perturbarles. Noa le recibió amablemente en un momento en que jugaba con un revólver que Finocle le había enseñado a manejar. Porque Finocle, basándose en su experiencia personal, creía en la virtud de los revólveres (72). [Por si acaso, Mânú lo dejó para otra ocasión]

Las comidas en común carecían de toda animación. No había en ellas la menor alegría. Méhoul se mostraba taciturno y comía apresuradamente, agachado sobre su plato y mirando de reojo a sus huéspedes con una mezcla de odio y de temor (72). Méhoul llegó a sentirse más feliz y mejor comprendido cuando confiaba sus cuitas a Mânú. Poco a poco

comenzó a unirles una intimidad desconocida hasta entonces. Llegó un momento en que le costó trabajo no confiar a su hijo tales o cuales secretos relativos a Finocle y que Mânú esperaba conocer con impaciencia (73).

Por otra parte, Finocle pagaba su pensión espléndidamente. Desde su llegada a la casa se comía mejor, se bebía bien, y la presencia de Noa, vestida siempre con esmerada elegancia, ponía una nota lujosa en la mesa de aquellos pobres. La Méhoule, que disfrutaba del mejoramiento de su suerte, se había consagrado a la juventud de Noa con todas sus fuerzas (73).

[La Méhoule salía a limpiar casas.] Noa decidió distraer sus horas de soledad con algún que otro paseo por los alrededores. Pero, las más de las veces, permanecía encerrada en su habitación. A menudo, hombres de rostros violentos y melancólicos se ponían de codos en las ventanas de enfrente para mirarla largamente. Noa sentía entonces una alegría extraña y cordial. Soñaba entonces con una cita de amor. Habría deseado mezclarse a la vida de aquellos hombres. Sin embargo, no se atrevía a hablarles. Comprendiendo la reprobación que merecía el oficio que había ejercido a pesar suyo, se mostró preocupada de su reputación (74). Su imagen rondaba los tristes hogares, los pringosos mostradores y las rutas desoladas que conducían a la fábrica. Las mujeres sentían admiración por ella, hablaban de ella sin envidia, orgullosas de su presencia en el barrio. En suma, la calle parecía sumergida en un sueño apacible (75).

[Dispuesto a ser el primero en conseguir los favores de Noa, Johanieu, el vecino de enfrente, cincuenta años, cinco hijos, se compra un traje nuevo y una botella de champán del más caro, para regalárselo a la chica, en connivencia con la Méhoule. Noa acepta el obsequio con una sonrisa (82).]

VI

Aquel mismo día, la aventura de Johanieu fue del dominio público en la calle (83). De pronto, este hombre adquirió un prestigio de leyenda (84). [En el café, los hombres de la calle celebran su triunfo sobre los italianos. Schobre está excitadísimo:] —¡Se acuesta con uno de los nuestros! ¡Se acuesta con nosotros, conmigo! La cojo, le remango el traje así. Le arranco la camisa... (86). La puerta se abrió bruscamente. Cruseo se quedó contemplando el extraño aquelarre de aquellos hombres. Pero Schobre, fuera de sí por su delirio erótico, prosiguió su monólogo y su mímica. Cruseo, de un empujón, lo lanzó contra una silla. —¡Puercos! ¡Sois todos unos puercos embusteros! Os prohíbo que habléis de ella. Os prohíbo que la miréis siquiera (87). [Tras un conato de reyerta multitudinaria, el propio Cruseo restablece la calma (88). Poco después, Mânú pide a Cruseo que dé una paliza a Finocle. Cruseo le responde con una bofetada, pero acepta el encargo (90).]

[Méhoule pide a Finocle que se vaya de su casa. El huésped se muestra reacio (92):] —Si me obligas a marcharme no iré a la policía. Me contentaré con escribirle a Mégis. Él cree que estás en América pero no se ha olvidado de lo que le hiciste (93). [Aun así, Finocle propone a su hija marcharse, propuesta que ella rechaza:] —¡Pero, papá, si yo no me encuentro mal aquí! Nunca he sido más feliz que en esta casa (94).

VII

[Para algunos hombres, los] italianos no eran sino unos falsos hermanos, lacayos vergonzosos del capitalismo, que venían a trabajar por salarios ínfimos, echando por tierra el precio de la mano de obra (99).]

A partir del día en que Cruseo se batió por Noa en el café, no acababa el italiano de soñar en la recompensa de su amor. Buscaba día y noche los medios prácticos de entablar un idilio. Por otra parte, por primera vez en su vida no se sentía seguro de sí mismo. El verbo brillante y la desenvoltura que le servían con las muchachas que bebían, brincaban y gritaban como hombres, podrían hacerle odioso a los ojos de Noa (105).

Sin embargo, en la creencia sólida de que Noa llegaría a quererle un día, había resuelto ir a casa de Méhoul a pedirle la mano de Noa. Esta decisión ofrecía la ventaja de suspender los efectos del juramento de honor que había hecho a Mânú de romperle las mandíbulas a Finocle. Si se le aceptaba como novio, esperaría a estar casado para pegarle a su suegro, pues en este caso la cosa no pasaría de ser un episodio normal de la vida de familia. Y si se le negaba la mano de Noa, la ejecución de la promesa tendría todos los caracteres justificativos de una venganza (106).

[Cruseo va a casa de Méhoul, que le indica la habitación de Noa. Con la chica está Finocle, que se muestra airado por la insolencia del italiano y le pide que salga. Noa intercede a favor del visitante. Cuando Cruseo pide su mano, Finocle se muestra dialogante:]

—Mire usted: yo no quiero ocultarle que me es usted simpático y, de no existir obstáculos invencibles, me gustaría que fuese mi yerno. Vamos a ver: siéntese y hablemos seriamente. Dígame cuál es su situación económica. ¿Cuáles son sus medios, su situación? ¿Qué proyectos tiene usted para el porvenir? ¿Cuál es su estado de instrucción?

Cruseo se levantó bruscamente:

—¡Qué instrucción ni qué niño muerto! ¿Instrucción yo para llegar a ser un viejo sin corazón como tú [que] lo único que me habla es de dinero? Quédate con tu hija para un hombre rico y que tenga instrucción. Yo he venido a pedírtela con el corazón, pero me arrepiento. Dásela a un hombre rico. Yo cuando quiero una mujer por dinero, voy a buscarla a un burdel.

Noa le vio partir y rompió en sollozos, gritando [a su padre]:

—¡No tienes corazón, eres un hombre malo! (107/110).

VIII

La noticia se propagó al regreso de las fábricas: los trabajos de demolición de la calle empezarán dentro de un mes. Todas las viviendas serían barridas para dejar sitio a orgullosas construcciones de cemento armado, destinadas a un verdadero núcleo de oficinas (111). Los habitantes de la calle no podían concebir que pudiera desaparecer. Tantos sufrimientos y tantas agonías habían pasado por ella y tantos amores la habían visitado, que sus viejas casas, negras y malolientes, guardaban de toda esa vida una especie de pátina en carne viva. Lo de siempre. Se despojaba a los pobres de sus casas. Se les perseguía y hostigaba hasta en las entrañas íntimas de sus hogares, y sobre su miseria se edificaba las fortalezas del capitalismo (112). [Pero] la calle no era solo una doble fila de casas, entre las que circulaba una corriente de aire. La calle era las personas mismas, integradas en la piedra, en las construcciones, en el suelo. Solo los habitantes podían disponer de estas casas donde la vida difícil, los míseros placeres y el sufrimiento de los obreros habían inscrito un derecho de propiedad categórico y formal (113).

[Vanöel se erige en cabecilla de la insurrección, explicando que el motivo del derribo es el capricho de las mujeres ricas que no quieren ver pobres cerca de sus casas (113/116).] La calle entera, poseída de entusiasmo, aullaba pronta a devorar lo que encontrase. Las mujeres se sumaron a los hombres y se ahogaban gritando, sin comprender a ciencia cierta de qué se trataba. Vieron una carreta y la hicieron trizas a patadas y puñetazos. A la altura de la casa de los tres viejos la cabeza del desfile se detuvo, dio media vuelta y abandonó la esquina de

la *Fuente* para encaminarse hacia el reverbero de la esquina de los *descamisados*, que fue destruido a pedradas. Minche contemplaba la efervescencia con un desprecio absoluto.

—¡Hay que ver esos idiotas! Mira: ya empiezan a cantar «La Internacional». No saben más que gritar. Mañana ya no se acuerdan de nada. Y a la hora de que vengan a echarlos de su casa, se irán como si nada (116).

[En casa de Méhoul, Mânú y Noa están solos. Ella lleva una bata que muestra el nacimiento del pecho y las piernas. Mânú se lanza sobre ella y la acorrala en un rincón (119).]

—¡Cochina! ¡Vamos! Quítate eso.

Hubo una lucha rápida. Noa le arañaba y le pegaba en la cara, pero él logró inmovilizarle los brazos y la tendió sobre la mesa, arrancó el cinturón de la bata descubriéndole la forma del cuerpo bajo una fina camisa. Mânú rompió el crepé de China y su mano modeló la carne desnuda, los senos duros. Noa se golpeó la cabeza brutalmente contra la mesa. El mozo se tendió sobre ella, la tomó por los cabellos y, golpeándole la cabeza contra la madera, aullaba:

—¡Toma, golpéate, golpéate la cabeza!

Noa le escupió en la cara y él la abofeteó, oprimiendo sus labios sobre la boca rabiosamente cerrada. La muchacha hizo aún otro esfuerzo por zafarse, y Mânú le dio varios puñetazos en la cara. Noa no se resistió más. Viéndola incapacitada ya para la lucha, deslizó sus dos rodillas a la fuerza entre los muslos cerrados. Noa pareció volver a la conciencia del peligro y, un esfuerzo precipitado que hizo para huir estuvo a punto de derribarla al suelo. En el momento en que Mânú la tendía sobre la mesa, un ruido de pasos resonó en el corredor. El socorro que parecía inminente insufló a Noa nuevas energías. Tiró del pelo a Mânú y le dio un golpe con la rodilla. La puerta se abrió. Era la Méhoule que precedía a su marido. Noa seguía tendida sobre la mesa, la bata abierta sobre su desnudez. Mânú, arrodillado al pie de ella, paseaba sus manos a lo largo del cuerpo exánime y deslizaba su cabeza sobre los senos desnudos. Nada hizo pensar a la Méhoule que Noa se hubiese defendido como lo había hecho (120/121).

[El autor parece olvidar las marcas de los arañazos en el rostro de Mânú y de los puñetazos en el de Noa. Pasando por alto el drama, Méhoul se regodea viendo el desnudo de la chica y la Méhoule explica lo sucedido como un idilio: «Era natural. Dos muchachos como ellos en una misma casa». Cuando Noa dio «unos pasos al azar, vacilantes» y entró en su habitación, «Mânú respiró, sabía que Noa no le diría nada a su padre: todo el peligro estaba descartado». Según el autor, tampoco Finocle advertirá los estragos de la pelea (122).]

IX

Al salir de la habitación del fondo donde acababa de sufrir la repulsa de Finocle, Cruseo dejó la calle y se echó a vagar a la ventura. Al cabo de una hora de andar, entró en un café y estuvo bebiendo hasta media noche (123). [Al llegar a su casa, se pone a tocar el acordeón y a cantar (126).] Despertados por el canto y por la música, unos quince hombres en mangas de camisa se agolparon en el pasillo para increpar a Cruseo por su conducta. [Pero la canción es tan bonita que] cuando acabó, todos le estrecharon las manos calurosamente e insinuándole una repetición. Cuando todos aprendieron la música y las palabras, Cruseo organizó un coro cuyas voces hicieron vibrar la casa entera y conmovieron todo el barrio (129). [Esa mañana, Cruseo decide que, por lo que le pagan, no merece la pena ir a trabajar. Luego, en el café de Minche, cree ver en el cantinero el «responsable de su infortunio» (130).]

—¡Eh, vosotros! ¿No sabéis para quién será la chica? Para Minche, [que] tiene cuartos y tiene instrucción. Me voy, pero no a la cantera. Estoy cansado de vivir. La vida es una

porquería. He visto lo mejor que hay en el mundo, y he visto que eso no se ha hecho para un picapedrero. Ya no quiero nada. ¡Imbéciles!

Abandonó el café y se perdió en la oscuridad de la calle. Al pasar ante la ventana de Noa, gruñó:

—¡Ah, marrana, que me haces desgraciado! ¡Por ti, sucia! Por ti.

Los italianos no tuvieron noticia de su paradero durante tres semanas. [Cuando regresa, lo acompaña la Jimbre, antigua amante que lo abandonó por otro. Viste] un abrigo de pieles y medias de seda (131/133).

X

Tendido en la cama, Cruseo oía las quejas que la Jimbre entonaba paseándose nerviosamente por la habitación.

—Te crees tú que vamos a vivir como antes, pero te equivocas. Tienes que guardarme algún respeto y dejarme libre para hacer lo que me venga en gana (135).

[Cruseo y la Jimbre se disponen a copular cuando llega Noa y exige que la otra se vaya. Cruseo pide a la Jimbre que no vuelva nunca. Noa le declara su amor:] —Hace quince días que te he buscado por todas partes. ¡Qué desgraciada he sido! ¡Ah, Cruseo, cómo te quiero, cómo te quiero! Quisiera hacer lo que tú me ordenes... Vayamos lejos juntos.

[Cruseo se conmueve:] —Cuando pasaba al pie de tu ventana, mi corazón se volvía suave y bueno y hubiera querido hacer la señal de la cruz (136/139).

[Noa cuenta a Cruseo la agresión de que Mânú la hizo objeto. Cruseo maquina una venganza:] —Pensar que te ha pegado... ¡ah, carnecita santa! Necesito verlo morir pateando (139/140).

[La llegada de Finocle da lugar a una nueva serie desconcertante de cambios de humor. Entra conciliador, excusándose por su actuación en casa de Méhoul y dando la razón a Cruseo, pero no tarda en dirigirle los mismos reproches de entonces.]

El padre tomó del brazo a Noa y se apoyó en él como si desfalleciese. Luego se fue hacia Cruseo:

—Estoy seguro de que nunca has visto una mujer como ella. Mírala cómo es de fina, mientras que tú tienes las manos pesadas y estás listo siempre para saltar de cólera. ¿Qué vas a poder hacer de una mujer así, tú, picapedrero? Vas a llenarla de hijos como un animal, y le darás una escoba, ropa sucia para que la lave y cacerolas grasientas. [Y, tras el desahogo, de nuevo el abatimiento:] Vas a quitármela. Después de pasarse uno cincuenta años buscando a su hija, viene cualquiera y se la lleva, y uno se queda como un pobre viejo imbecil (141/142).

[Súbitamente, Finocle parece tener la llave del futuro de su hija.]

—¡Pues no ha de ser así! Quiero un yerno de cuello postizo. Yo le daré a usted más dinero que todo el que haya podido ganar en toda su vida. Desde luego, tendrá que dejar el oficio de picapedrero. ¿Por qué no se vuelve a Italia? Compraría usted una tienda de trapos o de sombreros. Así tendría un yerno comerciante (143).

La atmósfera se hizo familiar, casi burguesa. Hablaban con una confianza recíproca y afectuosa.

—Tú, papá, dirigirás la tienda. Por las noches, saldremos juntos los tres a pasear... Tenemos que ocuparnos inmediatamente del viaje.

Una sombra de contrariedad cruzó por la frente arrugada de Finocle.

—No podemos partir antes de mes y medio. Tengo que ocultarme. La policía me busca por cuestiones políticas. Dentro de un mes o dos me habrán olvidado ya.

[Finocle pide a Noa que lo acompañe a casa de la Méhoule porque no considera correcto que se quede sola con su novio. Pues anda que con Mânú (145).]

XI

[Méhoul se sincera con Finocle:]

—¿Así es que estás decidido a irte? Nadie lo creería pero me da no sé qué que te vayas. Quisiera tener coraje para irme contigo. Mira la vida que llevo. Estos días de fábrica, en que hago siempre lo mismo, y solo por no morirse de hambre. Sale uno luego fatigado, sucio, con la garganta seca, con las ideas encogidas. Y después, al anochecer, tienes el espectáculo de ver una mujer gordinflona y asquerosa y no tienes fuerza para darle un par de golpes para que no te joda con sus habladurías. ¡Oh, no, no! Mira, hasta creo que podemos irnos juntos (147/150).

A Finocle, el ron no le daba la misma fiebre que a Méhoul. La vida, que había conocido siempre como una arpía de músculos duros y semblante irónico, se le aparecía ahora como una abundante matrona de mamas nutricias. [Méhoul insiste en recordar los viejos tiempos delictivos, provocando que Finocle cometa el error de confesar que una vez le traicionó. Méhoul vuelve a odiarle (150/155).

XII

[En el café de Minche,] hombres y mujeres, sentados codo con codo, apretados y sudorosos, levantaban la voz para hacerse oír en medio del tumulto ensordecedor. En medio de la sala, las parejas daban un vaho de calor, arracimadas unas con otras (157). Cuando el acordeón perdía el aliento las muchachas aprovechaban el descanso y deslizaban la mano por debajo del corpiño para secarse las axilas o introducían el pañuelo entre sus muslos escaldados por el roce de la carne con la carne. Esto daba lugar a picantes comentarios por parte de los hombres. Las muchachas respondían con bromas de igual tono. La Jimbrey, en medio de las demás parejas, atraía todas las miradas. Sintiendo deseada se llenaba de placer (158).

[Mânú llega a casa con la cara ensangrentada.]

—Por culpa de la perra de Noa me he dejado hacer esto.

Pasaba por la *esquina de los descamisados* [cuando] encontró a Noa del brazo de Cruseo abandonados a una tierna confianza. La mansedumbre de Noa no pudo dominar el movimiento de Cruseo. El pugilato duró unos segundos (168).

[Tras escuchar la versión de su hijo,] Méhoul permaneció un momento silencioso, como si midiese las consecuencias de su decisión. Dijo rápidamente:

—Conocí a Finocle hace veinticinco años. He pasado dos años con él en presidio. Nos hemos escapado juntos. Su verdadero nombre es Serguemoine. Yo sé lo que eres tú. Por eso te lo digo.

Entonces se echó a temblar y un espanto indecible descompuso su semblante. Los ojos le dieron vuelta, agitó los brazos y cayó desvanecido (169).

XIII

Los italianos se hallaban delante de sus casas. La víspera, dirigidos por Cruseo, habían rechazado a un equipo de demoledores, arrojando sobre ellos inmundicias por las ventanas de los pisos. Ahora, al alba, esperaban a la policía. Mânú estaba en primera línea de los

manifestantes. [Aunque Finocle recomienda prudencia, Mânú se pone a su lado y grita contra los guardias. Inmediatamente, Cruseo es apresado, pero la reacción de sus compañeros lo rescata (171/173). Por la tarde, en el café de Minche, Mânú es aclamado por su arrojo, pero Schobre recuerda cómo fueron los hechos y denuncia la connivencia de Mânú con la policía para detener a Cruseo.] Los italianos empezaron a lanzar sobre Mânú miradas feroces. [Para evitar el linchamiento, Schobre echa a Mânú del café (175).]

XIV

Méhoul mojaba su pan en el café. A veces, un temblor convulsivo agitaba sus manos y, con los ojos agrandados por el espanto, miraba temblar su mano sobre la mesa (177). [Méhoul confiesa a Finocle que lo ha traicionado pero lo hace con una voz ininteligible por los sollozos (183). Luego, en la calle, pide a Mânú que no lo denuncie, pero el joven se ríe.]

—Quiero conseguir a su hija para servirme de ella y para hacerla después puta.

[Mânú sella sus palabras abofeteando a su padre (185).]

XV

[Sorprendentemente, en plena destrucción al autor le entra la vena lírica.]

Llegó la primavera. Un sol espléndido inundó la calle entibiando el blando suelo de la calzada. La dulzura del cielo era insinuante y parecía poner en libertad todos los caprichos. El aire era suave y tenía la exultante transparencia de los deseos repentinos. En la *esquina de los descamisados*, los muros en demolición parecían carruseles de fiesta. El polvo que subía de los escombros era de un oro vibrante. Por el lado de la *Fuente*, la casa de los tres viejos vibraba llena de juventud. La Jimbre ofrecía su cuerpo a los tres amantes, que solo podían manosearla superficialmente, dada su avanzada edad (187).

Entonces las enfermedades entraron en la calle. Las caricias de sus efluvios languidecía la carne de las mujeres, producía sed en la boca de los hombres y ponía fiebre en los ojos de los niños. Eran nombres femeninos —difteria, tifoidea— y se arrastraban por la calle estimulando el ardor primaveral de la vida. La calle entera suspiraba de placer en medio de sus blandas espirales (188).

[Un hijo de Johanieu enferma. La madre busca ayuda en casa de la Méhoule. En ausencia de la vieja, es Noa quien acude.]

—Hay que llamar a un médico. Que vaya su marido a buscarlo.

Pero Johanieu respondió:

—No puedo. Acabo de ver a la chica, que salía de la casa de Méhoul con mi mujer.

[Noa va a por el médico, pero el niño no tiene solución. Esa noche es velado por su madre, Noa y los Méhoul.]

Méhoul le tomó suavemente en sus brazos. Cuando tocó aquella frágil carne, que se rebelaba contra la muerte, halló por vez primera el gran camino de la piedad, y el amor entró en su corazón de hombre duro. A sus labios asomaron palabras de ternura que nunca había pronunciado. Sus lágrimas cayeron sobre el rostro del pequeño cadáver (190).

[Viendo a su hijo muerto, la madre grita a Noa:]

—¡Vete, mujer asquerosa! Eres tú quien le ha matado. Tú, que has traído la locura a la casa, y la muerte ha venido contigo, monstruo indigno.

Inmóvil, helada por un horror supersticioso, Noa palideció (192).

[Cuando Méhoul vuelve a su casa, confiesa a Finocle su traición, esta vez con palabras claras. Finocle pide a Noa que se prepare para la huida, pero la chica no se encuentra bien. tiene fiebre (192).]

XVI

[En plena discusión, Méhoul cuenta a Finocle lo que ocurrió entre Noa y Mânú.]

—Una noche me reí mucho. Al entrar en la cocina vi a tu hija tendida sobre la mesa. Estaba completamente desnuda y mi hijo sobre ella, vientre contra vientre. Si yo hubiera querido, no tenía más que subir a la mesa. Era eso lo que ella habría deseado. Pero yo... ¡Para coger un gálico, gracias, no! Imagínate, una moza que se acuesta con todo el que se lo pide... (197).

[Finocle no pierde la calma.]

—Mi hija puede hacer lo que le dé la gana. Pero lo que nos interesa es salir de este mal paso. A Mânú le gusta el dinero. Yo lo compraré con veinte o treinta billetes.

[Méhoul finge acceder, pero acuerda con su hijo atraer a Cruseo para que la policía detenga a sus dos rivales al mismo tiempo (199). Al alba, la policía monta guardia ante la casa. Cruseo trata de reunirse con Noa, pero Johanieu le sale al paso y lo apuñala. La policía mete el cuerpo en casa de Méhoul. Noa presiente lo ocurrido y salta de la cama. Finocle trata de interceptarla, pero Noa lo rechaza.]

—¡Tú has dejado que lo maten! Déjame. Te detesto.

[Y corre a abrazar al moribundo. Finocle se entrega. Méhoul corre tras él y confiesa al inspector sus muchos crímenes, siendo también detenido. Finocle quiere saber si lo que dijo de Noa y Mânú era verdad. Méhoul lo niega.]

Las manos de los dos, atadas ya, se juntaron. Después, los dos hombres se besaron.